

MEMORIAS DE JAVIER EN FILIPINAS

P. Miguel Selga, S.J.

(Continuación)

10 Agosto 1952

Veritas

29. — *Javier en Joló.* — Por los años de 1638, el P. Alejandro López, gran promotor de la devoción a San Javier, servía de Capellán en el Ejército español de Joló: el celoso misionero se arrojaba a los mayores riesgos, exhortaba a la milicia, curaba a los enfermos, confesaba a los soldados y a todos asistía con indecible caridad. Había algunos parajes tan expuestos a las balas del enemigo que pocos se atrevían a llegar allí a sacar los heridos: la caridad del P. López lo vencía todo, acercándose a confesar a los soldados que habían caído. Los moros asestaban sus tiros muy diligentemente contra los sacerdotes. Vióse claramente la protección de S. Javier en un asalto en que el P. Alejandro llevaba una imagen enarbolada de S. Francisco Javier, para animar a los católicos: llovían balas y flechas sobre el Padre, y al llegar cerca de su cuerpo, como que invisible mano les hacía torcer el camino. En una ocasión el Santo Apóstol recibió en su imagen un balazo que iba a dar al P. Alejandro. Salvóse así el misionero, con la protección del Santo Apóstol:

ganóse la victoria, gracias al patrocinio de San Javier. En las tres fortalezas que los españoles levantaron para la defensa de Joló, trabajó con infatigable fervor el P. López que años más tarde recibió la palma del martirio.

30. — *Javier capitán de la fuerza de Mindanao.* — A mediados del siglo diecisiete los españoles y filipinos lucharon fieramente contra los ataques de Corralat y Macay. El jefe del campo cristiano era Francisco Zavalla, no menos pío que valeroso, el cual entregó en este conflicto la bandera del fuerte a San Francisco Javier, arrimándola a una imagen que había del Santo, a quien eligió por capitán de la fuerza. Guardaban al Santo las ceremonias de la milicia, pedíanle el nombre, y se daban las órdenes en su presencia y con acierto. Muchas veces asistió el Santo a los soldados y les libró de emboscadas y ataques y sorpresas de los adversarios.

31. — *Javier y la actuación de Mastrilli en Filipinas.* — Conoci-

do es de los fieles el milagro que San Francisco Javier obró en el P. Marcelo Mastrilli, en Nápoles, librándole de una muerte segura, que una caída fatal tenía que porzosamente ocasionarle.

En agradecimiento por tan señalado favor, Marcelo se obligó con voto a proseguir en Japón la evangelización que Javier había comenzado. En cumplimiento del voto embarcó Mastrilli en Lisboa para Japón con 32 compañeros el día 7 de abril de 1636. Llegado a Goa, dejó escrito con la sangre de sus venas la renovación de su voto en la mano incorrupta del Santo Apóstol. Huyendo de los Corsarios holandeses, el barco que le conducía a Japón arribó a Manila el día de San Ignacio de 1637. No es para descrito el fervor y entusiasmo con que Mastrilli relató en varios templos de Manila el favor que el Santo le había hecho en Nápoles y las ansias que tenía de pasar cuanto antes a Japón. El gobernador de Filipinas Corcuera logró que Mastrilli le acompañara en la expedición militar a Minda-

nao, bajo promesa de que Corcuera le facilitaría medios para pasar directamente a Japón. El 22 de febrero de 1637 la expedición llegó a Zamboanga, donde el P. Mastrilli preparó la tropa con un jubileo y la animó al combate, mortrándole un Crucifijo pintado el lienzo, cuyo brazo derecho y pies habían cortado los moros agujereándolo en medio y que en Punta Flechas, donde lo rescataron, había servido de capotillo de uno a ellos. Durante la toma del pueblo y fuerte, que luego llamaron de San Francisco Javier y el ataque de la víspera de la toma del cerro de Lamitan, enfervorizó el P. Mastrilli a la tropa con un estandarte del Santo Apóstol de las Indias, que había sacado de Manila. El mismo Gobernador Corcuera, hablando de esta gloriosa jornada al Rey Felipe IV, le dice: "Al ilustre P. Marcelo pasaron su sotana los moros con un verso, por tres partes, y de un mosquetazo la imagen de San Javier que llevaba con el guión de las armas de Vuestra Majestad a sus espaldas, que en memoria de esta victoria hizo colgar en la iglesia mayor de Manila."

Fiel a su promesa Corcuera proporcionó a Mastrilli un champán, construido expresamente para el viaje de Japón. Llegado Mastrilli a Japón fue aprehendido, sometido al tormento de la cueva y finalmente decapitado. Desmenuzado el cuerpo a los fieros golpes de las catanas, fue reducido a cenizas y arrojadas estas al mar. Cuando llegó a Manila la noticia de la muerte del P. Marcelo y de otros tres mártires dominicos, cantóse un solemne *Tedeum*, hubo repique general de campanas y vistosas luminarias. "Toda la ciudad celebró la gloria y virtudes del Santo, P. Marcelo con tiernas lágrimas, porque generalmente era amado y tenido por Santo."

(Se continuará)